



RUBÉN MARTÍNEZ GONZÁLEZ

## Lectura eficaz para una educación eficiente

Voy a desarrollar algunas ideas en torno a la relación entre el acto de leer y la educación escolarizada a través de tres apartados: lectura y educación, alfabetizar y formar lectores y lectura eficaz para una educación eficiente.

### LECTURA Y EDUCACIÓN

Desde los tiempos más remotos que registran la aparición del hombre sobre el planeta, la educación ha sido parte cotidiana en la vida de los seres humanos. En su sentido más amplio, educar es transmitir conocimientos, habilidades, actitudes y valores. El enseñante y el aprendiz vienen caminando de la mano desde las edades más remotas, cuando el mundo aún era nuevo y de nadie, donde al calor del fuego, o durante las largas caminatas en busca de refugio y alimento, o mediante la observación de un modelo, aún sin palabras, un ser humano aprendía de otro cómo sobrevivir de la mejor manera.

Con la transformación de la horda en clan y el clan en tribu, y ésta en pueblos que comenzaron a tener contacto unos con otros, los conocimientos existentes crecieron de tal forma que fue necesario, por un lado, sistematizarlos y, por otro, perfeccionar figuras que fueran capaces de transmitirlos. La existencia de la escuela y el maestro estaban en marcha.

En un principio, la base de esta transmisión era la palabra. La disertación y el diálogo constituían el medio a través del cual, el que sabía,



instruía a quien ignoraba. Como se sabe, la escritura surgió como una necesidad para preservar el dato del olvido. Posiblemente, la primera escritura fue una marca en una piedra para fijar un mensaje que pudiera ser recobrado en un momento posterior y a la vez leído por otros. Con el tiempo, esa señal fue transformándose en un código que permitió un sinnúmero de mensajes y dio paso al sistema de escritura tal como hoy lo conocemos.

Sin embargo, durante mucho tiempo, el acceso a la lectura y la escritura estuvieron limitados a determinados grupos de poder o prestigio; los textos, escasos, eran copiados a mano y su distribución controlada. No es sino hasta la invención de la imprenta que la oferta de textos impulsó la necesaria adquisición de la competencia lectora.

Pese a esta difusión, es en la institución escolar donde la lectura establece fundamentalmente su territorio. Leer es consustancial de la actividad escolar. La escuela promueve aprendizajes esencialmente distintos de los que aprendemos en otros ámbitos como la casa, la calle, el trabajo y los medios de comunicación, especialmente la prensa y la televisión. Este aprendizaje se sustenta originalmente en la exposición del maestro (figura que sigue vigente hasta la fecha), pero cada día más, en la medida que se elevan los niveles educativos, se desarrolla a través de la lectura que individualmente hacen los alumnos. El texto expositivo, entendido como aquél que proporciona información, es el texto escolar por excelencia, el texto del estudio.

En nuestro país, los rasgos centrales del plan y programas de estudio (SEP: 1993), documento rector de los contenidos curriculares de la educación básica en el país, explican la enseñanza del español de la siguiente manera: la prioridad más alta se asigna al dominio de la lectura, la escritura y la expresión oral. En los primeros dos grados de educación primaria, se dedica al español el 45 por ciento del tiempo escolar, con objeto de asegurar que los niños logren una alfabetización firme y duradera. Del tercero al sexto grado, la enseñanza del idioma representa directamente el 30 por ciento de las actividades, pero adicionalmente se intensifica su utilización sistemática en el trabajo con otras asignaturas. Durante la secundaria, la asignatura de español y literatura mantiene su estatus de privilegio con cinco horas semanales, se conserva con poco tiempo en el nivel de preparatoria y se diluye en el de profesional.

El cambio más importante en la enseñanza del español radica en la eliminación del enfoque formalista, cuyo énfasis se situaba en el estudio de «nociones de lingüística» y en los principios de la gramática estructural. En los actuales programas, el propósito central es propiciar que los niños desarrollen su capacidad de comunicación en la lengua hablada y escrita, en lo que se conoce como el enfoque comunicativo y funcional de la enseñanza de la lengua. En particular, refiriéndose a la lectura, se propone que los alumnos:

- Logren de manera eficaz el aprendizaje inicial de la lectura y la escritura
- Aprendan a reconocer las diferencias entre diversos tipos de texto y a utilizar estrategias apropiadas para su lectura
- Adquieran el hábito de la lectura y se formen como lectores, que reflexionen sobre el significado de lo que leen y puedan valorarlo y criticarlo, que disfruten de la lectura y formen sus propios criterios de preferencia y de gusto estético
- Sepan buscar información, valorarla, procesarla y emplearla dentro y fuera de la escuela, como instrumento de aprendizaje autónomo

Hacer de la lectura una eficaz herramienta para acceder al conocimiento debe ser una de las prioridades —si no la más importante— de la escuela. En esta tarea, la función del docente es fundamental. La actual concepción del maestro lo ubica como un facilitador del aprendizaje, es decir, como un nexo entre el sujeto que estudia y el objeto de estudio. Antes de pedir al alumno que lea, se recomienda que el maestro tenga claras dos cosas fundamentales: saber que los estudiantes tienen una base suficiente de conocimientos previos para interpretar adecuadamente la lectura a realizar, y estar seguro de que entienden claramente para qué van a leer.

El aprendizaje es una experiencia individual intransferible. Aprendemos desde la perspectiva de lo que somos y lo que hemos sido y así configuramos lo que vamos a ser. Por ello, una lectura eficaz no sólo es útil para obtener buenas calificaciones en los exámenes, sino para garantizar un acceso ordenado y sistemático al conocimiento que proporcionan la vida y el libro, en ese orden.

A lo largo de nuestra vida como lectores, los intereses, gustos y necesidades van cambiando. Desde que se empieza el aprendizaje de la lectura en preescolar, hasta que se deja de hacerlo, porque la vista cansada que la edad ha traído no nos permite disfrutar de esta actividad, generalmente leemos mucho, de diferentes maneras y por distintas circunstancias. Por sobre libros, folletos, periódicos, fotocopias, revistas, manuales, etc., nuestra mirada se ha paseado buscando el significado de las ideas que los signos gráficos contienen.

Sin embargo, contrario a lo que se piensa, no hay una única forma de leer, sino varias y dependen, por un lado, de las características del escrito y, por el otro, de los intereses y objetivos del lector. Hay diferentes clasificaciones acerca de los modos en que se realiza esta actividad, todos ellos funcionales según sea la distinción que quiera hacerse; aquí vamos a referirnos a tres tipos de lectura atendiendo a la intención del lector: leer para estudiar, leer para informarse y leer por el placer de hacerlo.

El tipo de lectura más común es el que realizamos para estudiar. Durante los seis, nueve, quince o más años que dura nuestro paso por una escuela, la lectura es herramienta indispensable para obtener el conocimiento. Leemos mucho y de muy variados temas, aunque siempre está presente, como una sombra, el hecho de que, de alguna manera, eso constituye una obligación, una tarea ineludible de cuya frecuencia y calidad depende el éxito escolar. Este tipo de lectura forma lectores temporaleros, que aunque pueden ser muy buenos, cuando la obligación de estudiar termina, muchos de ellos poco o casi nada vuelven a practicarla. Este tipo de lectura generalmente forma lectores para la escuela y no lectores para la vida.

Por su parte, la lectura para informarse se ha convertido ya en un hábito. Las personas que regularmente leen revistas o periódicos, han desarrollado un interés por estar enterados de lo que acontece y la lectura es, entre otros, un medio importante. Aquí no se presenta el sentimiento de la obligatoriedad, sino otras motivaciones como el interés, la necesidad o la curiosidad. A diferencia del tipo de lectura anterior, este hábito se va formando poco a poco y puede durar toda la vida.

Leer por placer, en cambio, es el tipo de lectura que más trabajo cuesta desarrollar. Esta forma se asocia generalmente con lecturas literarias,

formativas, recreativas, lúdicas, de esparcimiento, de entretenimiento, etc., que no conllevan ni la obligatoriedad del estudio ni la necesidad de información. Se lee por el gusto de disfrutar el contenido de un texto, porque la actividad en sí provoca placer. Este tipo de lector ha encontrado que la lectura es un instrumento que tiene que ver con su formación como persona, y ha llegado a este convencimiento, a esta íntima certeza por caminos que no tenemos muy claro por dónde avanzan, pero que tienen que ver con el ambiente lector donde se desarrolla, con las experiencias positivas y agradables que ha tenido en la escuela y con la influencia de padres, hermanos, maestros y amigos que van configurando, todos juntos, el perfil de un buen lector.

Estos tipos de lectura no se excluyen entre sí, más bien se complementan, y pueden hacerse con ellos todas las combinaciones posibles: leer por obligación, pero hacerlo con gusto; leer para informarse para un mejor desempeño escolar; leer por gusto, pero tomándolo como una obligación o necesidad interior, etcétera. No puede afirmarse, por supuesto, que un tipo sea mejor que los otros. Lo ideal es que cada persona vaya desarrollando, durante toda su vida, los tres tipos simultáneamente, porque esa amalgama constituye lo que llamamos una lectura integral.

Hay dos grandes maneras de aprender a leer y en donde pueden acomodarse los diferentes métodos: una está basada en el aprendizaje del código (letras, sílabas, palabras y su correspondencia fonética) y la otra, basada en la construcción del sentido (textos completos, coherentes y significativos).

Una de las conclusiones a que han llegado diversos estudiosos del proceso de la lectura, es que el método influye en la forma como el alumno aprende a leer, pero no es determinante. En otras palabras, con cualquier método puede aprenderse a leer, aunque es recomendable el basado en la comprensión del sentido.

Durante mucho tiempo, mientras se mantuvo la idea de que el maestro lo sabía todo y el alumno lo ignoraba todo, el proceso enseñanza-aprendizaje fue visto como la acción de verter conocimientos en un recipiente vacío que, poco a poco, gracias a la acción de la escuela, se iba llenando. De esta manera, y refiriéndome sólo a un aspecto del hecho educativo, la actividad lectora era diseñada, controlada y evaluada por el docente, el cual determinaba qué y cómo leer, de qué forma se llevaba a cabo la lectura y asignaba una categoría de valor al resultado.



BASADA EN EL CÓDIGO	BASADA EN EL SENTIDO
Antes de leer, el niño tiene que aprender a descifrar	El niño es un lector desde el principio
El alumno no sabe leer y el maestro le enseña	El alumno aprende a leer y el maestro es un facilitador y un guía
Para la comprobación del aprendizaje, se hace énfasis en que el alumno pueda hablar sobre las partes del texto	Para la comprobación del aprendizaje, se hace énfasis en la comprensión lectora
El aprendizaje de la lectura y la escritura es simultáneo	El aprendizaje de la escritura es normalmente posterior al de la lectura
Se aprende a leer en un manual o libro de texto único	Se aprende a leer con un conjunto de textos significativos
El producto de la lectura es el centro de interés del aprendizaje	El proceso de la lectura es el centro de interés del aprendizaje
El proceso se hace por etapas: primero, el aprendizaje de las correspondencias sonido-grafía, y después, acceso al sentido mediante la oralización	El procedimiento se hace en forma global, descifrando y construyendo el sentido a la vez
El maestro considera la comprensión como una tarea del alumno	El maestro se involucra en la construcción del sentido (y de la comprensión) con el alumno

De unas décadas a la fecha, esta percepción ha cambiado notablemente. Hoy se trabaja con la idea de que el alumno no es una hoja en blanco que llega a la escuela, sino que trae ya una cantidad de conocimientos previos, que serán el soporte para los que habrá de adquirir, y de que el conocimiento no es algo que se transmite, sino que se construye mediante una acción coordinada entre el propósito del docente de enseñar y el propósito del alumno de aprender.

Como se sabe, la base de la lectura está en la comprensión del texto. ¿Qué sentido tendría repetir lo que dice la hoja, si no se interpreta adecua-

damente lo que se lee? Lectura y comprensión son, entonces, dos términos que no pueden desligarse sin que, al hacerlo, se caiga en el absurdo.

La lectura, pues, debe entenderse como el desarrollo continuo de una competencia que comenzó con el aprendizaje del código para traducir letras en sonidos e ideas y que habrá de prolongarse durante toda la vida, mientras el lector vaya encontrándose con nuevos y diferentes tipos de texto, que le demanden habilidades específicas para su comprensión.

Los conocimientos que vamos adquiriendo a lo largo de la vida se acomodan en nuestras mentes de una manera determinada, engarzándose entre sí, modificándose, creciendo, formando redes... Ese formato es lo que llamamos esquemas de conocimientos o mapas mentales, y constituyen siempre la base para ir sumando otros saberes, en una espiral sin fin.

Si utilizamos la figura de un río para referirnos al aprendizaje, diríamos que los saberes acumulados o conocimientos previos (los esquemas de que hablamos) son una de las orillas; la otra, sería la información nueva; el puente que une a ambas es el ejercicio de las habilidades mentales, que conectan un punto y otro, lo que nos permite construir el conocimiento. Por ello, puede decirse que hay conocimientos que se obtienen pronto y fácilmente, dado que la orilla en que estamos parados es firme y fuerte y el puente a tender es corto y se construye sin mucho esfuerzo. Mientras que para obtener otros conocimientos, es necesario reforzar nuestra orilla y hacer grandes esfuerzos para erigir el puente.

Así, puede decirse que cuando algo no se comprende —en la escuela y en la vida—, es porque esa conexión no se ha logrado. Emilio Sánchez Miguel (1993), en su libro *Los textos expositivos* se pregunta qué sucede cuando alguien tiene dificultades para comprender algo, y lo atribuye a tres circunstancias: 1) La persona carece de un mapa mental o esquema adecuado para aprehender la nueva información; esto es, no posee los elementos suficientes que le apoyen en la comprensión. Hay aquí un déficit de conocimientos. 2) Otra razón es que, aun teniendo un esquema, no sabe cómo operarlo, cómo guiarse por él para «construir el puente». No sabe cómo utilizar los conocimientos previos para ir en busca de la nueva información. Es un déficit estratégico. 3) Una tercera circunstancia es que el sujeto, aun teniendo un esquema y la virtual capacidad de usarlo, se pierda en el proceso, no se dé cuenta si está haciendo lo que se proponía, no se pregunta si va en la dirección correcta ni valora si es a

ese punto adonde quería llegar. En este caso, estaríamos ante un déficit de planificación o autorregulación.

Detectar cuál es el déficit que presenta un sujeto que no comprende es fundamental para que por sí mismo, o con ayuda de alguien, pueda superar ese obstáculo. Habrá que tener en cuenta, por supuesto, las características de la nueva información, el contexto en el que se da el intento de aprender, la edad del sujeto, etcétera. No todo es comprensible para todos en un momento dado. Pero puede serlo. Ubicar cuándo y por qué se produce una pobre o nula comprensión es un paso importante, para construir el puente de manera eficaz.

Una persona que ha comprendido un texto es capaz de llevar a cabo, según David Perkins, las siguientes actividades que evidencian la comprensión:

- La explicación o poder exponer lo leído con sus propias palabras
- La ejemplificación o ser capaz de nombrar casos concretos del contenido del texto
- La aplicación o el uso del conocimiento adquirido en un caso determinado
- La justificación o poder encontrar evidencias de la pertinencia y validez de ese conocimiento
- La comparación y el contraste, que implica tener la capacidad de encontrar diferencias y semejanzas con otros conocimientos
- La contextualización, entendida como poder ubicar el contenido en un marco de conocimientos más amplio
- La generalización o poder corroborar la validez del conocimiento a través de otros o poder utilizarlo para comprender nuevos conocimientos

En la lectura subyace siempre una necesidad de construir el sentido y el significado del texto, es decir, de comprenderlo. Siendo la comprensión un fenómeno interno, ¿cómo sabemos cuándo o cuánto un lector ha comprendido? Aunque no podemos saberlo en su totalidad, los siguientes indicadores nos dan una pista. Percibimos que un lector comprende cuánto puede hacer una o algunas o todas de las siguientes acciones:

- Establecer conocimientos previos
- Determinar estructura y forma



- Determinar el tema
- Proponer título
- Resumir/sintetizar el texto
- Responder preguntas
- Localizar ideas principales
- Encontrar relación antecedente-consecuente
- Recomponer textos
- Comparar textos
- Transferir información

Pedro Salinas propone que se reconozca la existencia de dos tipos de analfabetos. Uno —dice— es el analfabeto puro, el clásico, el analfabeto de natura, que, sea por la causa que sea, no sabe leer. «Siento por esta clase de analfabetos respeto, simpatía y admiración», afirma. El otro es el analfabeto al que nombra como impuro, contrahecho, artificial, pues aunque sabe interpretar los signos escritos, no tiene la lectura como uno de sus hábitos. «Estoy pensando en aquellos alfabetos que no leen por motivos más hondos y difíciles que el de no tener un libro a mano», afirma. Esos son los neoanalfabetos.

Desde esa óptica, hace la distinción entre alfabeto y lector. El primero es aquel que ha tenido la fortuna de aprender a descifrar la escritura, pero que puede leer o puede no leer; es decir, el ejercicio de la capacidad queda sujeto a su voluntad, a sus ganas o no de hacerlo; en cambio, considera como lector a aquél que, habiendo aprendido a leer, utiliza la lectura para su desarrollo cognitivo, cultural, social y emocional.

En estos tiempos, asistimos a un cambio de óptica del concepto alfabetizado/no alfabetizado de como tradicionalmente se había venido considerando. En 1997, la Declaración de Confitea, documento que conjunta las conclusiones de diversos países sobre educación de adultos, define a la alfabetización como «los conocimientos y capacidades básicos que necesitan todas las personas en un mundo que vive una rápida evolución y en donde el acceso a la lectura y la escritura es un derecho humano fundamental.

Como se ve, no basta con producir alfabetos; hay que producir lectores. Porque, dice Salinas, «cuando no se emplea la lectura para ensanchar las potencias del alma, para impulsar al individuo hacia la plenitud de su ser espiritual, empieza a funcionar en su naturaleza una fuerza

de regresión que le devolverá antes o después al punto de partida: a su analfabetismo espiritual».

Los neoanalfabetos —continúa el autor— constituyen una clase mucho más amenazadora y peligrosa que la de los analfabetos puros. Y es que caminan camuflados de lectores, aunque en el fondo desprecian la lectura. Hay que reorientar la óptica de la alfabetización. O, como lo dice Pedro Salinas, no hay que seguir produciendo analfabetos que saben leer.

#### LECTURA EFICAZ PARA UNA EDUCACIÓN EFICIENTE

Una de las competencias que los actuales estudiantes (y no se diga los del futuro) deben desarrollar es la de ser capaces de aprender por sí mismos, es decir, sin la presencia física de un profesor, apoyados en sus saberes previos y la capacidad de interrelacionarlos con otros saberes, guiados por sus intereses o necesidades, desarrollando procesos reflexivos apoyados en el análisis, la generalización, la comparación, la síntesis, la deducción, la inferencia, etcétera. Ésta y otras características van perfilando el tipo de educación, de docente y estudiante de nuestra actualidad educativa (y no se diga del futuro educativo).

Muchos (si no la gran mayoría) de estos saberes a lograr podrán hacerse gracias al acceso que se tiene (y se tendrá aún más en el futuro) a la inmensa cantidad de información disponible por vías electrónicas. Actualmente, aparecen y se desarrollan por internet nuevas modalidades educativas como foros, grupos de aprendizaje, redes educativas, conferencias, clases virtuales, etc., que prefiguran un nuevo tipo de educación, de docente y de aprendiz.


Aquellos personajes de épocas pasadas que conocíamos como autodidactas, y que asombraban por la capacidad individual de haberse forjado a sí mismos al margen de las escuelas, serán una normalidad en el futuro. Ya muchos sistemas laborales evalúan más a sus trabajadores de acuerdo con lo que son capaces de hacer que los títulos que pueden ostentar.

En todo esto, la lectura juega (y seguirá jugando en el futuro) una importancia incuestionable. Leer bien es un imperativo, una necesidad que no puede soslayarse. Ser capaces de encontrar, evaluar y utilizar la infor-

mación necesaria es una competencia del lector de hoy (y del futuro). Quien se pierda por falta de claridad de sus objetivos, por incapacidad para discernir lo importante de lo accesorio, por juzgar sin reflexionar, por aprender sin aplicar, por leer sin comprender, habrá de naufragar, irremediablemente, en el océano de la información, como una piragua en mar abierto.

No basta, pues, con saber leer. La lectura de hoy (y del futuro) exige leer con sentido, con clara conciencia de qué y para qué se hace, con la confianza que da saberse apoyado por técnicas que permitan destazar los textos y adentrarse en sus ideas, en sus conceptos, en las tesis que proponen. Un lector más técnico (o más rudo, según se vea), con más herramientas, en control de los procesos lectores que aplica, con más certidumbre sobre su esfuerzo y lo que espera de él. Necesitamos conformar un nuevo tipo de lector para una nueva realidad educativa. Por eso me sorprende que sigamos apostando todas las fichas a sólo desarrollar en nuestros estudiantes el placer de leer.

La popularización de sistemas como la internet, que ofertan una inconcebible cantidad de información, suponen el desarrollo de un lector capaz de moverse eficazmente por cuenta propia, más allá del apoyo y la supervisión que puede —y debe— prestarle el docente. Surge así el concepto de lector autónomo, entendido como aquél que —por cuenta propia— es capaz de buscar, encontrar, valorar, aprehender y utilizar la información obtenida, guiado por su necesidad de conocer más sobre algún aspecto de la realidad.

En una afirmación romántica que ensalza su grandiosa figura, se dice que Aristóteles llegó a poseer todos los conocimientos de su época. Hoy ya no es posible afirmarlo de nadie. El docente, consciente de sus posibilidades, pero también de sus limitaciones, debe ayudar al alumno para que vuele por sí mismo, para que desarrolle su capacidad de aprender por cuenta propia. Y esto sólo quiere decir una cosa: ser un lector autónomo. El lector del futuro. 

## BIBLIOGRAFÍA

- LERNER, D., *Leer y escribir en la escuela*, SEP/FCE, México, 2001
- PERKINS, D., *La escuela inteligente: del adiestramiento de la memoria a la educación de la mente*, SEP/Gedisa, México, 2000
- SÁNCHEZ M., E., *Los textos expositivos*, Santillana, Madrid, 1993
- Secretaría de Educación Pública, *Plan y programas de estudio*, SEP, México, 1993
- UNESCO, *Declaración de Confitea*, 1997

C. RUBÉN MARTÍNEZ GONZÁLEZ. Maestro en Educación por el ITESM. Actualmente es asesor académico de la Unidad Colima de la Universidad Pedagógica Nacional  
([difusionupn@yahoo.com.mx](mailto:difusionupn@yahoo.com.mx))